



Evgueni Zamiatin

SOLO

MALDOROR ediciones



Evgueni Zamiatin

SOLO

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Titulo de la edición original:

Odin

Ripol Klassik, 1987

© Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-90-6

MALDOROR ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

SOLO

I

Días sofocantes y mudos. En el silencio opaco –como jirones de nubes en la luz muerta de la luna– se deslizan días incomprensibles. ¿Lentamente, o locamente raudos? O bien se han detenido por completo.

Han resplandecido un instante como el cielo frío, azul: se apresuran, más rápido, hacia aquellos que son felices. Y después, sobre los tejados blancos, brillantes –allá abajo detrás de los barrotes– trepan manchas negras, como sobre un cadáver putrefacto, cada vez más lejos. Y las neblinas se abaten desde lo alto –pesadas, sofocantes–: como un vértigo febril.

Se han apretado contra el muro gris, lo golpean...

“Ah, que llegue la noche, pronto...”

Y la noche amenaza a lo lejos, ya ha desplegado su negro estandarte. Los últimos rayos se han estremecido, asustados, se han inyectado de sangre, han caído en el abismo. Las tinieblas han saltado alegremente de allá abajo, las sombras se deslizan a derecha e izquierda, y, tras ellas, corre el terror.

Una pesadilla negra.

La tempestad se ha aferrado a los barrotes, golpea la ventana, solloza en las frías tinieblas.

Abajo, bajo él, bajo sus pies, alguien camina. Se mueve durante noches enteras -de acá para allá- sin fin.

“¿Por qué no duerme nunca?”

La oscuridad se estremece, susurra una idea espantosa.

“¿Quizá está ya loco y por eso no deja de moverse ahí abajo?”

Camina todo el tiempo, ignorado, de acá para allá: noches enteras.

Sin fin. El sol no se pondrá jamás. Él seguirá caminando -eternamente, horrorizado, abajo...

Y de pronto: se ha callado -noche oscura, espesa.

“¿Dónde está? ¿Muerto? ¿Lo han llevado?”

Las paredes en torno se callan.

* * *

Un féretro vacío abajo. Las paredes en torno, mudas. Como ciegos torbellinos en la oscuridad -locos pensamientos.

Caminar, caminar todo el tiempo...

“Como el otro, que estaba abajo. Y después lo llevarán de la misma manera -¿de noche?”

Siete pasos, siete pasos. Las paredes se agolpan, se persiguen. Comienzan a transparentarse antiguas inscripciones. Nombres de personas olvidadas, casi borrados, poemas, afligidos -sollozos en la piedra fría.

¿Quién los ha escrito? ¿Dónde están ahora, dónde están sus tormentos?

Detrás de la ventana –campanas: suenan, lloran, en alguna parte a lo lejos, apenas se oyen.

Allá, a lo lejos –el mundo extraño, enorme. La gente –camina, se afana, habla, se sacia de los pensamientos de unos y otros. ¡La gente!

El corazón martillea las frías paredes, sofocándose, la busca, como el aire... ¡A la gente!

Calma. Un féretro vacío abajo. Las paredes en torno, mudas. Apenas se oyen las campanas que suenan, que lloran: la mañana, ya.

El amanecer ha anudado en los barrotes sus rayos largos, pálidos, y ha suspendido un delgado hilo de lluvia sobre el patio de la prisión.

“Ahora caminan ahí. ¡Ir hacia ellos, hacia ellos!”

* * *

Allí, abajo –son dieciséis. Encerrados en dieciséis jaulas. Arriba se ven sombras pesadas, húmedas –procedentes de los muros de piedra. Ni un ruido, ni una palabra. Calma –como si no hubiese ahí personas vivas.

Un rostro surge como una mancha incierta, y en él dos puntos negros –los ojos. Apareció –desapareció.

Se mueven de un lado a otro. De acá para allá. Dan vueltas como animales salvajes, corren cada vez más rápido. Hacia ninguna parte –de acá para allá...

Ya no quedan fuerzas para caminar y golpear sus ideas contra las paredes, la puerta, los barrotes –están de pie, apoyados contra el recinto, y miran hacia arriba.

Un pequeño jirón cuadrado de cielo les es arrojado: no pudieron encerrarlo. Las nubes miran hacia abajo, des-
apacibles, y bogan más lejos. Se alejan de los muros, -ahí
donde, también ellos, a los que han atrapado, han vivido
antaño.

Y la sed de vida que dormita en el entumecimiento se des-
pierta, desgarrar las cadenas y los yugos, y se golpea inun-
dándose de sangre.

¡Escucha! Las manchas pálidas en las ventanas -¡allá
abajo, allá abajo! Hay camaradas. ¿Lo entendéis? Se preci-
pitan hacia ellos y les tienden los brazos -los llaman...
Pero ellos no pueden responder y desahogarse de todo
eso que los sofoca, y sin embargo qué ganas de gritar y de
golpearse la cabeza contra las paredes.

Se han detenido. Con una ávida mirada se aferran a los
barrotes y buscan a alguien detrás, y golpean los cristales
oscuros...

Inmóvil y silencioso, el cielo mira hacia abajo.

* * *

Súbitamente todos los pensamientos se han desgarrado.
Y todo está muerto alrededor: sólo el vacío -y en el inte-
rior caen los ruidos, afilados, claros.

“¡Toc-toc! ¡Toc-toc-toc!”

Abajo... Allá abajo, alguien vivo, abajo.

Cerca del tubo esta vez. El corazón ha comenzado a latir

como un loco y sale al encuentro. No respirar. No respirar. Suavemente. El vapor zumba en el tubo.

Y de nuevo: “¡toc-toc!”. El silencio es desgarrado como un relámpago.

En un torbellino de alegría los pensamientos se enredan y bailan.

No recordar las cartas.

“Escucho.

- “¡Toc!” Que llega hasta abajo, el tubo tembló con todo su cuerpo.

Ganas de gritar de alegría. El otro ha comprendido, abajo, ¡él ha comprendido!

“¿Quién eres, camarada?”

Se calla. ¿Qué tiene que callarse?

“¡Chisst! Responde...”

Sonidos temblorosos, cortados. Se enredan, imposible precisarlos. ¿Y si yo no comprendiera?

El corazón se desprende y se hiela.

¡No, no! Hay que anotar...

Series de cifras incomprensibles se alargan. En el interior están arropadas las palabras humanas, duermen como hojas en las yemas. Se alargan sin cesar... pronto van a desarrollarse, y con ellas -la primavera y el sol-oro.

“¡Ding, ding!”

El tubo resuena alegremente. Las palabras ascienden corriendo a lo largo del mismo como chispas, pequeñas serpientes ardorosas han impregnado -de arriba abajo- todo el silencio: se ha coagulado, asustado, en su velo gris, se aleja...

¡Cuántas son... doce palabras!

El papel tiembla en las manos. Hay que ponerlo sobre la mesa para leer.

“Soy obrero Aleksandr Tifléiev arrestado 20 diciembre encerrado quinta galería salud camarada”.

Las campanas suenan cada vez más fuerte, cada vez más claramente.

Faltas y omisiones encantadoras, divertidas. Y sin embargo las mismas palabras no son secas ni librescas, sino vivas.

¡Salud camarada! ¡Oh, amigo mío!

Responder –lo antes posible. Hablar de lo que es nuevo, enorme, de lo que ha brotado, y de lo que es sombrío y sofocante, de lo que había antes, y de las esperanzas que nacen.

“Soy el ex estudiante Bielov. Estoy encerrado, sólo desde hace tres meses. Contento de encontrarte”.

Acabé y me sentí turbado: ¡no es eso, no es eso! Mil palabras estaban encadenadas día y noche; debían nacer ahora y no llegaban –me martilleaban y me atormentaban. Como en un sueño: hay que exhalar un grito, pero la lengua está muerta, extraña, inmóvil.

Y todavía, sin fin, hay que hablar mucho. Los pensamientos giran, caen al azar, como una hoja arrastrada por la tempestad.

Se han detenido.

“¿Por qué estás en prisión?

– He matado...”

El tubo ha respondido regularmente, tranquilamente.

Los pensamientos se han dejado ir. El desencanto acudió como una nube. ¿A un preso común?

“... a un chivato”, acabó el tubo.

¡De acuerdo! Surgió un relámpago luminoso de maldad y una alegre oleada de venganza se derramó del corazón...

* * *

Han apagado las lámparas. Un chapoteo de pasos en el pantano podrido del corredor. Un silbido ha restallado, expandiéndose como un hilo de agua fría. Una cerradura ha rechinado los dientes.

La calma había llegado, al parecer. Bielov se puso a golpear de manera apenas audible –como un susurro metálico.

“¿No duermes?

– No tengo ganas. Pienso todo el tiempo.

– ¿En qué?

– En la manera en como entonces matamos al chivato”.

Y ambos se callan.

Bielov volvió a golpear suavemente.

“Cuenta. De todas formas no dormimos”.

Va a contar, va a contar largamente en la oscuridad. Bielov coge la manta de la cama y la echa en el suelo al lado del tubo, se acuesta.

La luna ha aparecido. Los rayos se han deslizado en la celda, ciegos, y no le han dado luz, sino solamente miedo: algo inasible, invisible entró en la celda y ronda allí, él escucha.

“Era de noche, comenzó Tifléiev. En el pueblo. Al lado del monasterio”.

Pronto las paredes se han cortado ante Bielov –blancas, silenciosas. He aquí un campanario –severo, de una altura angustiosa.

Se concentró alegremente: la anterior inmovilidad del alma había desaparecido –como si le hubiesen limpiado un espejo empañado. Cada palabra es como una campanada: imágenes claras y sonoras corren por todos los rincones, se alcanzan, caen...

“Ding. Ding-ding-ding”. Tifléiev golpea lentamente, pesadamente:

“El viento era fuerte”.

... Ding-ding-ding. Es el viento quien desgrana las campanillas –todas menudas, pequeñas, se agitan en la angustia y el miedo, como asustados pajarillos que se hundiesen en la nieve...

“Una reunión había sido decidida para la noche. Esperábamos a un camarada de la ciudad”.

... Como si hubieran derramado lo negro en el aire. Y abajo, arriba, un minúsculo fuego solitario, delicado: se han reunido en una pieza y esperan. Hablan y de nuevo se callan. Y miran impacientemente la noche profunda, acechan: ding-di-ing –el viento ulula...

“El chivato buscaba pelea. Iba a tomar un tren –el otro lo siguió”.

... Detrás –silencioso– como una sombra. Había ocultado su rostro de negras tinieblas –como si escondiese algo innoble, funesto. Cada vez más rápido... Y parece meterse ya en el desierto, y sólo son dos. Con un estruendo las

tinieblas pasan y silban en los oídos. A derecha e izquierda surgen chispas en la oscuridad –como locos pensamientos...

“Llegaron. Vino hacia nosotros, y el otro estaba de nuevo detrás”.

... La calle vacía. Los rayos de la luna se insinúan en las casas muertas, con los ojos cerrados, sonríen en la ventana húmeda, negra. Y repentinamente han dado un salto hacia atrás. Una larga sombra ha caído del campanario. Se esconden ambos en ella, uno del otro. Y a su encuentro el viento suena: ding-di-ing...

Bielov ya no escucha. Los rayos de la luna se lo impiden, hacen algo detrás, hay que mirar ahí abajo. Se ha levantado, se ha vuelto: una sombra pálida alcanza la pared, sin ruido, se mueve.

“¿De dónde viene, por qué?”

Mira, angustiado, detrás de él. Pero Tifléiev golpea vigorosa y regularmente –como si sus manos temblasen.

“¿Qué le ocurrió?” Aguarda.

“Lo amordazamos. Lo llevamos al bosque que hay cerca del monasterio”.

... Lo llevaron. Lo llevan en silencio a través del patio oscuro. Un perro ha ladrado: ha visto algo desconocido, inhumano, con una cabeza blanca, algo que palpita... En el bosque –miran en torno a ellos, avanzan irregularmente –las ramas crujen. Los rayos de la luna, ciegos, se dan contra los árboles –las largas sombras se arrastran, vacilan –a causa del viento...

“Lo dejamos en el suelo. Sólo uno propuso liberarlo”.

... El lugar más oscuro. Las encinas negras y húmedas

extendieron sus óseos brazos, que se inclinaron aún más. El viento acudió, se emboscó entre las ramas y se calmó. Y todos se callaron. Todos tenían un único pensamiento -tímidamente el más joven lo dijo. Y de nuevo se callaron. Y después todos se pusieron a hablar de repente, se movieron.

“No había ninguna cuerda. Y yo me puse a estrangularlo con un pañuelo”.

Golpeaba contra el tubo suave, lentamente. Sintió como Tifléiev le había contado aquello: inclinado, susurrando, con los ojos cada vez más abiertos.

“Y yo lo apagué”.

“¿Por qué apagué? ¿Por qué dice *apagué*?”.

Se sobresaltó. La palabra era extraña, tierna como el cuello de un hombre, sofocante...

Tifléiev se calla. Detrás de la ventana el viento ulula y se calla. Una mancha de la luna estaba en el suelo, empalidecía, entornaba sus ojos muertos que no ven, como el rostro de la víctima.

II

De nuevo un día había nacido y era el mismo que hace veinte días, que hace treinta días. Por eso todos los días pronto se habían confundido en algo enorme, opaco -como si el infinito cielo de otoño se hubiese desplegado. Era terrible permanecer en el mar gris y monótono de los días y no saber donde está la orilla: y se pusieron a marcarlos en la pared. Señalaron un día con una X grande: una esperanza había brillado en su féretro ciego y sordo. Esperaban que Tifléiev fuese llamado al locutorio.

El sábado por la tarde lo llevaron abajo. Le dirán: ¿eso es todo? O bien todo se derrumba.

Y Bielov estaba acostado, atormentado por la espera.

No todo estaba oscuro. Durante mucho tiempo las sombras recorrieron las paredes.

Después, de pronto, las dulces tinieblas se dilataron, las rudas líneas de la piedra y el hierro se desdibujaron, todos los objetos se volvieron suaves y cálidos.

Tifléiev aún no regresaba.

Cerca de la cabeza daba vueltas la espera que susurraba algo inasible -Bielov estaba tendido, al acecho. En alguna parte en lo más profundo, envuelto en negras tinieblas, nacía un pensamiento, él lo rechazaba, abrasado de miedo.

“¡Ah!, más rápido, más rápido...”

Encendieron una luz. Silencio.

Y repentinamente se infiltraron sonidos lívidos y opacos: cantaban a lo lejos, lenta, solemnemente.

Pues sí, mañana es fiesta.

Escuchaba el canto que arrojaba su cabeza como una caricia y la acunaba. Y después enseguida respondió el eco lejano que le era tan querido.

Dulces atardeceres de víspera de fiesta en la gran casa: la lámpara parpadea y brilla con una cálida luz, las flores y los muebles en torno son extrañamente nuevos, no recuerdan a nada –como si se hubiesen callado pomposamente, esperan algo.

“¿Dónde está todo eso? ¿Dónde ha desaparecido?”

Y era como si hubiese vuelto a partir, como los ribazos tranquilos, ondulados, mirando ahora de lejos.

Y a lo lejos se pusieron a cantar de nuevo. Muy suavemente los sonidos se fueron amortiguando, lo abrazaron.

Bielov cerró los ojos. Era mejor así, ahora recordaba lo más luminoso, lo más querido.

... Las largas veladas, veladas de invierno –entre dos, a la tenue luz de la lámpara de pantalla verde oscuro. Con ella, Lielka, contemplaban el abismo oscuro de los enigmas de la vida y golpeaban audazmente contra la pared ciega esperando el eco.

... Había algo tierno y tenue –como una mirada, un olor. Y eso se ha roto –es absurdo. Las cuerdas se habían roto en medio del acorde –¡eso hace daño!

“¿Y si regresaran los buenos tiempos? Tifléiev podrá ir al locutorio, ¿será posible entregarle una carta?”

La sangre comenzó a golpear impetuosamente, él se puso a correr por la celda.

Y como si le diese una respuesta, el tubo se puso a resonar...

¡Será el martes!

Rociadas de luz, las tinieblas consteladas de espectros se dispersaron. El corazón empezó a latirle agitado –como si comenzase a vivir.

Bielov se detuvo. Se dijo expresamente a sí mismo:

“Y bien, ¡qué! Nada especial”.

Y de nuevo estalló en una risa alegre, suave como una respiración, poniendo la mano sobre la boca. Imposible unir sus ideas: como si las mismas se hubieran escapado de la prisión y se deslizasen en el espacio luminoso por encima de las ardientes olas. No sabía qué escribir.

Después cogió papel –hacia ya tiempo que estaba preparado– y escribió solamente:

“Estoy en la cárcel. Celda 201. Quisiera recibir de tu parte una carta por la misma vía que recibes la mía.

Serguei Bielov”.

Reflexionó y añadió: “Tu Serguei Bielov”.

* * *

El domingo por la noche se decidió a transmitirle la carta abajo, a Tifléiev.

Todo el día había reinado en la prisión un silencio de fiesta, aterrador, penoso. Como si todos escuchasen lo que pasaba más allá de las paredes.

Allá fuera, sin duda todos están vivos y alerta como el aire gélido, seco, como las lentejuelas de escarcha de los días de fiesta. Allá fuera, sin duda hay un sol luminoso, risueño, una risa brillando de vida sobre la nieve pura que rechina. Y en la pieza clara, iluminada –un alegre y efervescente trabajo, mano en la mano...

“Y todo eso que ayer me parecía una felicidad, ¿es la vida?”

Permaneció acostado todo el día. De nuevo el vacío se acercó de lejos y un pequeño dolor exquisito hacía gemir su corazón angustiado –había partido a profundidades donde apenas se oía su lamento.

Tifléiev se había callado también durante todo el día. Todos en la prisión parecían callarse y tragarse sus lágrimas angustiadadas, atormentadas. ¿Era posible que allá lejos, afuera, pudiese haber alegría?

“¿Y quizá Lielka, también, se siente a gusto con algún otro?”

Tenía ganas de exhalar largos gemidos: jah-ah-ah! como a causa de un dolor.

A la caída de la noche el cielo se hizo profundo y de una blancura angustiosa, como si huyera lejos de la mirada fija y muerta de la luna.

“Verán la carta cuando trate de hacerla llegar abajo.”

Bielov se pone hosco. Miedos negros, turbios giraban en

torno a él, se ocultaban en los rincones sombríos y lo miraban desde allí, como fríos dedos que le rozasen.

... ¿Y si el hilo se rompe y se hacen con ella, si la leen?

... Y si se llevan a Tifléiev: ¿otra vez solo?

Como si hubiese mirado en el abismo. Allí no había fondo., y el vacío lo miraba desde allá abajo, espantosamente infinito, como el cielo durante una noche ventosa de otoño.

Se sobresaltó.

Antes la muerte.

* * *

Cuando todo estuvo en calma y las luces se apagaron, se acercó a la ventana, abrió el montante. Detrás de la ventana el viento daba vueltas, desgarraba algo y ululaba. Se alejaba y se adosaba de nuevo contra la ventana, se callaba. Por momentos el viento se calmaba por completo y parecía que acostumbrándose a ello se iba a ver una nariz aplastada contra la ventana y unos ojos curiosos.

Era horrible comenzar. Un roce que se acercaba furtivamente se dejaba sentir, y el corazón latía en la sutil niebla turbia de los temores.

“El viento será un problema. ¿No será mejor dejarlo para más tarde?”

Se interrumpió hoscamente:

“¿Qué, tienes canguelo?”

Como adrede, para contrariarse, golpeando ruidosamente los pies contra el suelo, se acercó a la cama, hurgó deba-

jo en la oscuridad y cogió todo lo que hacía falta. La barra de pan larga y fina, con la carta en uno de sus extremos, sometida por el peso, temblaba y parecía que pronto iba a romperse, sin ruido.

Saltó prudentemente sobre la tineta. El silencio se cerró como un muro y avanzó desde el fondo hasta casi tocar la ventana.

Tanteó con el dedo la abertura del tragaluz hecho de una fría hoja de cobre: demasiado estrecho –ni siquiera pasaba un dedo. Pasó el extremo que llevaba dentro la carta y se puso a escuchar atentamente tras él, hacia el silencio. El viento ululaba a ráfagas, cada vez más fuerte –como si a cada momento adquiriese más altura para derrumbarse a continuación.

Un hilo frío, glacial, se deslizaba por el tragaluz y no tardaba en llegar al cuerpo.

Escrutó el exterior. Podía verse nítidamente la carta –que ya había sobrepasado el largo reborde de hierro y estaba suspendida sobre el precipicio.

Algo se puso a temblar en su pecho, el vértigo subió a su cabeza, como si él mismo se encontrara en el reborde mirando hacia abajo. Aflojó el hilo. Con dos pasos rápidos, inaudibles, se acercó al tubo, envió abajo un “toc” de una suavidad moribunda: “Ya está.”

Y de nuevo contra la ventana. De nuevo el frío del tragaluz, el pecho y las manos que tiemblan. Tras la ventana –el viento ulula, ulula y da vueltas. Sujeta la carta entre sus dientes y con ella se mueve hacia un lado, después hacia el otro. La carta oscila como un péndulo, y ahora el viento está lejos, ya no ruge. Entonces, mira. Después

coge la carta y salta con ella – hacia arriba, y el hilo cuelga, como muerto, como vacío.

“¿Está la carta completa? ¿Conseguirá Tifléiev agarrar el hilo?”

La espera –como un ruido abrumador, incesante.

Y repentinamente pasos que han saltado detrás y manos que se han golpeado –el hilo se puso a temblar entre ellas. Tap-tap-tap –justo al lado de la celda. Todo se ha detenido. Se inmovilizó con todo su cuerpo y cerró los ojos. Las largas piernas, muy largas, lejos en alguna parte. La cabeza enorme y vacía, y en el interior los segundos que caen como gotas:

“Dos, tres, cuatro...”

Alrededor, la calma.

“Cuarenta y cinco, cuarenta y seis...”

Y de nuevo el ruido de los pasos se imprime en el silencio: tap-tap-tap. Cada vez más lejos –hasta que dejan de oírse.

Suspiró con todo su pecho, como si volviera a la superficie del agua, espesa y fría, y respirase aire fresco.

Los dedos aún tiemblan y buscan el hilo. De nuevo el viento ulula tras la ventana, y se escapa de las manos.

El vigor se ahoga en las claras tinieblas que miran tras la ventana. Y ya la desesperación se instala en el alma como piedras frías.

Y después, cuando todo termina y se tumba en el lecho –sigue escrutando la oscuridad, y angustiados roces golpean en sus oídos. El cielo torturado palidece y las estrellas cansadas se desdibujan, y él permanece tumbado con los ojos muy abiertos y el corazón latiendo irregularmente.

III

Tifléiev no será llamado al locutorio hasta dentro de una semana. Tendrá una entrevista y la respuesta de Lielka. Y toda la semana, todos los días pasan a su lado, imperceptibles, transparentes –y a través de ellos, como la luna más allá de las nubes, resplandece el martes y lo que le aportará ese día.

“¿Qué hay allí abajo? ¿Una fiesta y el sol luminoso? ¿O bien un sufrimiento que se contorsiona y entumece?”

Bielov se desplazaba de un rincón al otro y no podía pensar en nada. Cogía un libro y miraba en su interior –pero las palabras estaban vacías, eran transparentes como el cristal: sólo caracteres, exangües, sin vida, desprovistos de imágenes.

Felizmente, Tifléiev ha golpeado.

Golpeó –contó alegremente: en la primera galería, bajo su vecino de la derecha, está encerrado el camarada Foma, arrestado al mismo tiempo que Bielov, le envía su saludo y dice que pronto van a llevar a Bielov al interrogatorio –ya pasaron todos por él.

Bielov le escribió una carta a Foma –con palabras breves y fuertes, llenas de coraje y vigor. Al releer la carta –experimentó un sentimiento extraño como si fuese él quien

había escrito aquello, el mismo que hace una semana vivía la grisalla y el anonadamiento.

Por la mañana Tifléiev transmitió con pequeños golpes la carta a los de abajo, lentamente y con aplicación. Y después informó, con la misma lentitud, de que la carta había sido recibida y que tendría una respuesta.

Y después permanecía de pie horas enteras contra el tubo y no iba a hacer el paseo para llegar a tiempo por la tarde con el fin de recibir la respuesta de Foma y transmitírsela a Bielov. Y cuando Bielov, impaciente, golpeaba y se inquietaba, Tifléiev le decía palabras afectuosas, tranquilizadoras -como una madre.

Completamente bañado en calor, Bielov pensaba en él con ternura, mimándolo.

“¡Qué extraño! Ha matado a alguien -él, tan afectuoso, tan cariñoso...”

Los pensamientos corrían -y a menudo se coagulaban en el mismo sitio, y de nuevo el martes se alzaba como un muro silencioso y enigmático. ¿Qué hay ahí fuera -detrás del muro?

* * *

Esperó durante todo el martes.

Oculto, algo invisible se arrastraba tras él y espiaba con su sombra cada uno de sus pensamientos. Y súbitamente los devoró y engulló todos, y se le aferró a la garganta.

“¿Y si Lielka ya no estuviera allí, si también la hubieran cogido?”

Y durante mucho tiempo, el aire abrumador ululaba.

Esperó hasta la noche.

Y sólo muy avanzada la noche, cuando con sus temblorosas manos la cogió de la ranura del tragaluz y la desplegó, pudo convencerse que la carta estaba allí.

La carta de Lielka.

Como en un sueño. Era como en un sueño. A través de cientos de cerraduras, a través de la noche profunda y lluviosa había llegado, pequeña, y se había apretado como una caricia contra su rostro y los miles de palabras que prometían decirle esa felicidad inaudita.

“Gracias”, le gritó a Tifléiev.

La vela se encendió –y la espera está muerta con su sombra. El silencio de la noche se llenó de júbilo y estalló en risas.

“Serguei, querido. Estoy infinitamente contenta de saber que, al menos, estás vivo. Nos lo podíamos esperar todo. ¡Cuánto hemos pensado en ti! Me siento muy mal al no poder ayudarte de ninguna manera. Si necesitas algo, escribe: será un gran placer poder hacer algo por ti.

Ah, Serguei. Si supieras qué pensamientos rondan ahora en mi cabeza... El mundo es bello, la vida es bella...

¡Recuerdas nuestras conversaciones? Y cómo hablábamos del amor. ¡Ah, sí!, eso es...

Hasta pronto, mi querido profesor de dialéctica. L.”

Los pensamientos se pusieron a brillar y cantar en la penumbra. Y cada una de sus palabras, como una estrella, se elevaba en las tinieblas. La palabra destellaba a lo lejos

y le atraía, inaccesible y enigmática. Y esas palabras engendraban, como azulosos rayos, nuevos pensamientos luminosos que temblaban. Las mismas respiraban y vivían en la semi oscuridad de la celda y le llamaban querido. ¡Querido!

Leyó de nuevo esas palabras que amaba ya -y se diluyeron en un acorde enorme, maravilloso, todas cantaban una sola y misma cosa: cómo el cielo oscurecido de pasión, la helada agua lánguida y el ruiseñor esplendentes de sonidos se funden para cantar una sola y misma cosa.

Leyó otra vez -y trató de oír en la penumbra de la carta un vago susurro.

... Hablábamos del amor. ¡Ah, sí!, eso es...

“¡Ah, sí!, eso es... ¿De qué se trata? ¿Qué quieren decir esas cuatro palabras?”

Estaban como cubiertas por un fino velo negro: algo vivo y tentador palpitaba bajo lo que no era transparente y susurraba con malicia. Allí -bajo el velo- se percibía una respiración ardiente, afectuosa, seductora, y tenía ganas de desgarrar lo que no era transparente, lo que era negro -pero era imposible.

“Y el final: Mi querido profesor de dialéctica. Ella hablaba de las largas veladas de invierno, de las charlas apasionadas... ¡Oh, querida!”

Trató de sofocar los pensamientos indóciles - quería apartarse de ellos, fingiendo no verlos. Y al punto volvía a caer en lo mismo, sólo un poco, y de nuevo le acariciaban, abrazándolo todo...

Y tras la ventana, la noche de la intemperie, solitaria y abandonada, lloraba con lágrimas infinitas.

Miró por la ventana el cielo ciego. Se envolvió en su mirada sumida en las tinieblas frías –e, imperceptiblemente, se apresuró en alguna parte.

La noche lo había encontrado con sus largas manos frías y lo palpaba todo, como un ciego, y apagaba felizmente la llama que se había encendido en él.

La razón, con su fría maldad, se burlaba –fría y mala como la noche.

“Un verdadero chiquillo: me he enamorado. Besaba la carta. ¡Qué estúpido y ridículo es esto! Se había convertido en un salvaje en la prisión. Y sobre todo, ¡alegrarse de qué? ¡De dónde has sacado que ella te ama!”

La duda cae en gotas frías –burlándose, triunfante. Lenta, dolorosamente la vergüenza se inflama.

“Ahora, cuando los valientes mueren, pensar en los amores de no sé qué muchacha... ¡Es asqueroso, vergonzoso!”

“¿Con no sé qué muchacha? ¿Cómo te atreves a hablar así de Lielka, tan bella, tan buena?” Un sentimiento poderoso, joven, nacido poco antes gritaba y le amenazaba de lejos.

“¡Pensar en no sé qué muchacha!”

Lo repitió adrede, para contradecirse. Se desplazó por la celda de acá para allá, miró a su alrededor: ya no había pensamientos felices, luminosos, los espectros se habían disuelto.

“Y ahora, ya no hay nada. Está bien así.” La razón en él es más fuerte.

Pensó en algo y de nuevo quiso apartarse, y vio la verdad -desnuda, ósea- como la muerte.

“Y no hay ningún amor...”

Habló y vio que en torno a él todo se volvía frío, terrible y doloroso: todo había acabado.

Después le asaltó una pregunta, que se burlaba de él y de su razón orgullosa, dolorosa y mala como el diablo:

¿Por qué hice eso? ¿Por qué me niego a ver los espectros felices y bellos? ¿Tenía ganas del volver al pasado? Ver el pasado -verdad fría -¿la muerte?

Aquí está -¡mira!

¿Y tu razón, tu orgullosa razón? ¿Te ha ayudado? Esa pregunta lo mezcló todo, lo enredó todo.

Bielov prestaba oído a esos pensamientos y los había escrutado -y no veía el camino: eran barridos por la tempestad, llevados en pequeños copos, y no podían detenerse, se desplegaban como enormes imágenes brumosas y caían, tintineaban como suaves cascabeles engañosos, y después lloraban...

IV

Los días de locutorio, la prisión revivía por la tarde. En alguna parte de abajo, en las galerías inferiores, el tubo exhalaba chasquidos sordos e intestinales, los muros de izquierda y derecha se respondían en un eco rápido y cortado, y cada uno tenía su propia voz. Aplicando la oreja contra el muro, se oía a alguien apresurarse para golpear contra un muro en alguna parte, lejos, abajo, y los sonidos eran totalmente imperceptibles, como si saliesen de las profundidades de la tierra, apenas eran audibles: como un pájaro ahogado en el cielo. Hablaban por todas partes y se daban prisa en compartir lamentables jirones de vida. Acontecimientos pequeños, minúsculos, se hinchaban y devenían enormes para llenar el vacío de su existencia. Se acaloraban por cualquier tontería y discutían horas enteras.

Tifléiev llegaba tarde de la visita al locutorio y se apresuraba a transmitirle algo a Bielov que esperaba, inquieto: había una carta. Y después, en la desoladora luz de las tinieblas contaba todas las novedades, las suyas y las que tenía de los vecinos, y todas sus desgracias y alegrías.

Y por la noche Bielov leyó la carta y durante mucho tiempo no pudo dormir, pensaba después días enteros en las cartas y en Lielka.

Había recibido de ella otras dos cartas. Una era larga y hablaba de todas las novedades del partido. Pero la otra era cálida y cariñosa, y hablaba de nuevo de manera brumosa y vaga del enorme compromiso que él había asumido. Estaba al acecho y prestaba oídos a esas palabras, que lo inundaron de calor y emoción. El cabo de una frase, breve y extrañamente bella y orgullosa –blanco sobre negro– se había grabado en su memoria: “...amar y, si es necesario, también sabremos morir.” Se imaginaba con toda nitidez la manera en que ella había dicho eso: agarrando el respaldo de una silla y derrumbándose hacia atrás, con los ojos muy abiertos –como si mirara fijamente ante ella, al encuentro de la muerte.

Y sus cartas eran todas las mismas – a la vez falsamente burlonas y cariñosas, y él ocultaba cobardemente su sentimiento entre las sombras engañosas.

Y todo ese juego de alusiones que brincaban y se deslizaban, y esos destellos cariñosos y apasionados que se escondían, al parecer, detrás de sus palabras, y las cartas donde se expresaban en una lengua que sólo era comprendida por ellos dos, y todo aquel amor por ella, lejano –todo eso brillaba y abrazaba sus pensamientos, todo eso le acosaba como fatamorganas centelleando de agua y vida en el desierto. Tenía ganas de agarrar todo eso con sus manos, de verlo más de cerca, de sentirlo.

Y cuando un día le trajeron una remesa de Lielka –paquetes y cajas con provisiones y todo un saco de ropa– acu-

dieron súbitos los pensamientos, ardientes, indóciles, y domeñaron su voluntad. Pañuelos, servilletas, sábanas -todo llevaba el olor de Lielka, delicado, que apenas perceptible se metía en las venas para abrazar la sangre.

Desplegó la sábana. La sábana era fina, planchada con esmero. Vio a Lielka, tan pura y delicada, con el mismo olor fresco que dilataba las narices, tendida sobre esa sábana, dormida. Su corazón se desgarró, lo invadió todo y despertó el deseo: abrazar aquella tela desnuda.

Con un impulso donde se había concentrado todo su orgullo, el frío, el miedo cara a cara con el sentimiento -Bielov sofocó, estranguló el deseo que levantaba la cabeza. Se acostó conmovido, con el corazón desbocado y la sangre hirviendo en sus venas.

* * *

Algo temblaba aún en él y gemía deliciosamente en su pecho cuando se despertó.

“¡Si fuese verdad!”

Cerró los ojos y apenas sin esfuerzo reconstruyó todo el cuadro extrañamente bello y palpitante del sueño -como si todavía no se hubiese difuminado y se encontrara en alguna parte aquí, en el aire -arrancar únicamente el forro.

... Escaleras estrechas, largas -como en los templos griegos. Por todas partes luz, cegadora, desatada -como decenas de soles alrededor.

Ella camina delante: Lielka. Lentamente, como una diosa, camina, su cuerpo brillando cegadoramente.

Y algo como vivo, ardiente y desatado, como esta luz alrededor, está allí en su pecho. Enteramente bajo su dominio, como un ciego, como un esclavo –él la sigue, diosa, y besa las huellas de sus pies. Pero eso aún es poco, todavía necesita algo más servil, algo más humillante.

“Es el amor” –se dice.

Y van más lejos –por las escaleras blancas y recalentadas. Van cada vez más alto, la luz es cada vez más viva, las escaleras son cada vez más estrechas y altas.

La cabeza da vueltas. Ella está asustada, asustada mira con sus ojos azules, temerosos, como una niña, extiende sus brazos. Más rápido hacia ella –cogerla entre sus brazos –pequeña, débil...

Él está ahora a su lado. Y casi contra su pecho ve sus cabellos dorados en desorden, y entre las olas doradas –el blanco sonríe mezclado al rosa– su pequeño pecho tierno, tan extrañamente cerca. Es tan agradable...

Por detrás, alguien se acerca a hurtadillas, su oscura sombra lo arroja incomprensiblemente al suelo, y dice con un sucio murmullo: “es vergonzoso.”

La luz se desvanece, también la felicidad. Y Bielov habla dolorosamente, con una voz alta que no es la suya: “es vergonzoso.” Y permanece de pie, inmóvil, con la mirada clavada en el suelo. Permanece inmóvil.

De pronto ve unas gotas claras –abajo, en las escaleras blancas –que tiemblan, que brillan. Lágrimas, ¡lágrimas de ella!

Con odio hacia sí mismo, aprieta los dientes: ¡ah! Por qué

ha hecho eso, ¡es lamentable y ultrajante! Y, de rodillas, extiende los brazos, implorante.

Entonces, ella baja los brazos y abraza tiernamente el rostro de Bielov contra su cuerpo –indulgente. Y él se abraza con una dicha inmensa y se ovilla contra ella entre mil besos.

Pero él no está allí: se disolvió en su respiración, en su proximidad feliz. Decenas de soles arden y giran rabiosamente, y lo llevan lejos. A un precipicio ciegamente claro. Y ahora Bielov sentía que el deseo, cortante y poderoso como la belleza, puro y libre de vergüenza, como la naturaleza primaveral –lo había invadido enteramente y lo torturaba exigiéndole su sumisión.

Tenía una dolorosa necesidad de que ella lo aceptara por completo y que, a la vez, también ella misma fuese suya. Tenía ganas de ver a Lielka, como en el sueño, con sus cabellos en desorden. Tenía ganas de admirar cada hueco de su cuerpo bello y joven, de abrazarla despacio, con veneración.

Tenía ganas de verla reír –con su risa argentina, feliz y orgullosa.

Tenía ganas de verla llorar –para besar sus cabellos, sus ojos, sus lágrimas –y consolarla, pequeña y débil –como una niña.

Se estiró con todo su cuerpo, se mordió los labios.

Un grito impaciente salió de sus entrañas, gimiendo por ese deseo impotente que lo invadía, lo buscaba.

“¡Lielka, Lielka! ¡Mi bienamada, mi mujer!

“Sí. Mi mujer...” Repitió esas palabras, y eran ahora severas, misteriosas e importantes.

“Sí. La amo como si fuera mi mujer. Y ella es la felicidad.”

Dice eso sencilla y claramente, como si hablara de algo antiguo, resuelto desde hace tiempo.

Se dio cuenta enseguida, y el pasado, la desconfianza, la duda se pusieron a hablar en él durante un instante.

“¿Por qué es ella la felicidad? ¿Y la felicidad de la lucha –y de la victoria o la muerte? ¿Y mi razón?”

Y el nuevo Bielov respondió feliz y decididamente:

“Todo eso son jirones de la vida –la lucha, como el camino de la razón. Y no es todo mi ser quien trabaja en eso, y eso no es lo que da toda la felicidad –sólo son retazos de esta última. ¿Acaso es una felicidad sacrificarse, entregarse completamente a la lucha? ¿Si? Y si me entrego, mis pensamientos van primero a ella, a mi bienamada, y si tomo esa dicha y después lo doy todo –a la vez el amor y yo mismo– el sacrificio aún será mayor. Y si la felicidad está en el sacrificio – ¿es mayor la felicidad?”

“Claro que sí, claro que sí –se dijo, animándose.”

“Y la vida de la razón, la lucha, la creación –todo eso dará una felicidad mil veces más grande y viva, si desde el comienzo se le ofrece a la bienamada y que de nuevo es obtenido de ella.”

Y si el deseo de la felicidad es lo que mueve a todos los hombres y la vida entera –y así es, el amor debe engendrar mil proezas bellas y audaces y hacerlas mil veces más fuertes, más audaces y bellas.”

“Y los que dicen que el amor puede dificultar...”

Pero fui yo quien dijo eso, fui yo”, recordó Bielov, que sonrió con condescendencia.

Y sintió con todo su ser, comprendió clara y firmemente

que sin amor no hay felicidad, sin un amor apasionando, reduciendo a cenizas la vergüenza, cuando dos seres aman cada uno el cuerpo del otro como el suyo, y cuando aman el alma, la libertad del otro, cuando emana lo que el otro hace como si fuera él quien lo hiciese.

Y que para él no había felicidad sin Lielka, sin sus ojos azules, sin sus pequeñas manos, sin su cuerpo tierno y ardiente, sin su risa argentina, sin su alma delicada y jovialmente chispeante. Se acordó de que en el libro tenía el comienzo de una carta a Lielka, su mujer.

La rompió y se puso a escribir otra, sin detenerse y casi sin pensar.

“Hablas todo el tiempo de Lielka. ¿La amas?”

Bielov no se interrumpió ni un minuto, ni un instante y golpeó lleno de certitud y firmeza:

“La amo.”

Y cuando Tifléiev golpeó con una rapidez insistente, como para alegrarse de su felicidad, él añadió:

“Mucho.”

- ¿Y por qué no arreglas una entrevista? Eso estaría bien. Si es tu novia, te lo permitirán.”

Se sorprendió por no haber tenido antes ese pensamiento: claro y sencillo como el sol. Con una novia, con una esposa -deben autorizármelo. Si son hombres...

El temor de que sepan que él la conoce -carece ahora de importancia. Qué más da -si ella va con él...

¡Una entrevista! Felicidad loca.

De pronto -ver a Lielka, oír su voz, besarla...

Como si el sol en medio de la noche -lluviosa, fría, muerta- saltase de una nube y rompiese en risas doradas.

Pero casi ha salido -el sol. Y si se mueve -el sol-felicidad, vendrá para siempre y disipará las tinieblas sin la menor huella...

Una vez que se apartó del tubo, sacó la carta. Estaba hecha de una larga tira blanca, y la ocultaba en el forro de un libro.

En un espacio libre del fino papel, escribió:

“De nuevo, como ayer, te amo –no se puede amar más– te espero, con tus caricias y miradas.

“Y si es así, si tú me amas y eres para mí el sol y la felicidad, piénsalo: es posible conseguir una entrevista. Vendrás como si fueras mi mujer. Y yo estaré abierto a ti, veré tus ojos...

“El corazón late inmisericorde cuando pienso en esto. Así será.”

Y leyó de nuevo desde el comienzo, y de nuevo lo invadieron el calor y la dicha: aquellas palabras habían nacido de su amor, como los rayos del sol.

Feliz y sonriente, se desplazó una y otra vez por la celda, y después miró abajo –el paseo.

Tuvo ganas de hacer algo desesperadamente infantil, divertido, impertinente.

Abrió sus pensamientos y los repasó, y uno de ellos le sonrió maliciosamente.

Apoyó sus labios contra el borde frío del tragaluz, se inclinó para que no le viesen del exterior, y gritó con fuerza: “¡Ehhh! ¡Ca-ma-ra-das!”

El grito se quedó suspendido sobre el patio como un velo claro y tembloroso que ondulaba –y todos miraron hacia arriba. El eco se rompió en la celda y, con impertinencia, avanzó burlón por los pasillos para dispersar el silencio alrededor.

De pronto, se agitaron y corrieron tras las puertas, las llaves se pusieron a tintinear, se paraban y preguntaban. Como si todo se hubiera incendiado –y todos se hubieran despertado.

Después se detuvieron ante su puerta y dijeron:

“No ha sido él. Este parece tranquilo.”

Escuchó y se partió de risa, se sentía feliz.

Y el sol reía por aquellos cristales, y sus rayos parpadeaban de risa y se deformaban rompiéndose en el inclinado reborde de la ventana.

Fuera, sobre el borde del tragaluz, había dos palomas –un macho y una hembra. El macho estaba hinchado y lleno de elegancia: un collar dorado alrededor del cuello; la hembra era pequeña y coqueta.

“¡U-u-u! ¡U-u-u!” empezó a zurear de pronto el macho, imbuido de su importancia y su voz poderosa. Extendió las alas y la cola, se apartó de la hembra, y, entonces, se puso a dar vueltas. Golpeaba simpáticamente sus patas y se ovillaba.

La hembra fingía no ver ni comprender nada, y picoteaba cuidadosamente el hierro del reborde.

Bielov las miraba fijamente por un agujero del tragaluz y, sin poder contenerse, se echó a reír.

“¡U-u-u! ¡U-u-u! expectoró el macho que comenzó a dar breves saltos y a hincharse.

... Sí, exactamente como los seres humanos cuando se hacen lo elegantes y fingen –ante los demás y ante sí mismos– no comprender nada y no saber lo que les atrae uno al otro y lo que esperan uno del otro. Y, como ese macho imbuido de elegancia, también se hacen tonta y

ridículamente bellos uno para el otro, y esperan verse uno al otro sin esos estúpidos cuellos, esos corsés, esos guantes.

Y se engañan recíprocamente con palabras y actos, y se engañan a sí mismos, y se esfuerzan por ocultar su amor, como algo vergonzoso...

Se acordó de su última carta que hablaba ingeniosamente y sutilmente entre líneas de su sentimiento -se acordó de la carta que había roto.

“¡Imbécil! como ese macho.” Se injurió con despecho.

Y durante ese tiempo el macho había corrido ya hacia la hembra. Había vuelto a plegar su cola y las plumas de su cuello y pecho. Todo su cuerpo elegante y armonioso, su pecho fuerte, prominente, irisado de oro, se dibujaba ahora clara y bellamente. Y la hembra había dejado de picotear estúpidamente el metal y, tras levantar la cabeza, le vio acercarse con una mirada sumisa y expectante.

Las alas golpeaban el aire y temblaban, los ojos se habían velado con una fina película de un azul transparente. Y el sol jugaba en las meladas alas y los contemplaba con aire zalamero.

Ambos eran bellos ahora. Los admiraba.

“... Estúpidos y ridículos cuando están enamorados, y bellos cuando aman. Como los hombres”, pensó Bielov prosiguiendo la comparación.

Era sábado. Se oyó el tañido de una campana. -Y los sonidos llegaron hasta allí, débiles, ciegos y temblorosos. Golpearon -tierna y tímidamente- contra la ventana, el rostro de Bielov, las palomas. Y éstas emprendieron el vuelo -felices, enamoradas.

En un instante, la celda se quedó triste y vacía. El sol se ocultaba.

“Cuando al fin dejaré de estar solo”, pensó, angustiado. Pero el amor –fuerte y vivo– se había levantado ante él, como los últimos y violáceos rayos de sol, y sonrió, reprobadador y feliz: ¿acaso no tenía confianza en ella?

La había hechizado con una fe –poderosa y robusta– y había arrojado muy lejos, fácilmente, de un papirotazo, la angustia, el miedo y la desesperación.

* * *

Se mueven y hacen ruido en el pasillo. Abrían una celda, después otra –los llevaban a la iglesia.

De pronto golpearon contra la puerta y entraron dos hombres.

“A la ciudad.”

Habían venido a buscarle...

¡Al interrogatorio! El corazón empezó a latir primero con golpes angustiados y rápidos, después felices y ligeros.

“Es la lucha. Es la felicidad.” Sentía en él una fuerza risueña, provocadora. Movi6 la cabeza: ¡Vamos!

La calle. El cielo –¡inmenso, increíble, nuevo! Se movía por encima de su cabeza con sus estrellas –eran miles las que reían allá arriba.

¡Y las casas, las casas! ¡Todas diferentes, grandes y pequeñas! Las casas, ¡tan queridas, tan claras! Y los muchachos que corren. ¡Los muchachos!

El coche tiene cortinillas negras. A su lado se había sentado un hombre con barba, vestido con abrigo gris. Llevaba con él un revólver. Su barba -como la de un suboficial- la de los vigilantes de liceo.

Dieron un golpe, arrancaron. Qué extraño: ir avanzando, allí, ir avanzando, lejos... La cabeza da vueltas.

“¡Vaya! ¿En qué momento han girado?”

Los autobuses suenan, ruedan. Un caballo resopló bajo su nariz.

Contemplar allí a los vivos. En fin, casi.

“¿Que no me vean del exterior? Bueno, bueno.”

... ¡Qué mundo, señor!

Un estudiante y una joven -cogidos de la mano. Tiernos, bellos. ¡Vamos, deteneros, vamos, sólo un segundo! El farolero se acerca. ¿Conseguirá encender antes de que lleguen? ¡Y qué?”

El ruido, el ruido feliz -y, al punto, como cuerdas que se rompen: una calle oscura, vacía. ¿Qué hay en esa casa -detrás de esa ventana iluminada y gélida?

Corren, los pensamientos se apresuran, saltan, se deslizan... El coche sigue rodando...

¡Cra! Crujió una puerta, el frío sopla.

Un patio sombrío, pasos detrás. Una escalera estrecha y sucia. Un corredor -largo, desabrido. Vamos a alguna parte, abajo...

Una extraña sala de oscuras bóvedas. Una lámpara en el techo -corta la oscuridad y su halo parece oscilar con una vibración incomprensible.

¡Bien! Hay que esperar aquí...

Algunos perfiles tiemblan en un rincón -oscuros, sin ros-

tro. Las cabezas se balancean –y una vela se balancea, asombrada. Ríen con una voz ronca y hacen algo. ¿Qué? Allí, cerca de la mesa hay cajas redondas, cajas rectangulares, cajas largas, murallas redondas. Y un oscuro muro, compacto de papeles impresos.

De nuevo la vela se curva y lanza alrededor miradas opacas, temerosas.

Las fisonomías van, vienen y susurran, los bigotes son puntiagudos y los ojos brillantes como el cristal. Susurran algo y se cruzan tras su espalda y otra vez vuelven a su lado...

Repugnante, repugnante...

“¡Cuánto dura!”

Pasan los segundos, los minutos, las sombras, los rostros...

De nuevo las escaleras y los pasillos –y de nuevo la luz, fría, vacía.

Son dos –esperan al otro lado de una mesa, dos hombres –lo traspasaron con sus miradas.

La rabia, la burla asoma y se dirige a ellos a través de los ojos fruncidos y una sonrisa.

Y el juego dio comienzo, acerado y terrible como una danza sobre un cable, y grato como una mirada lanzada al vacío.

Al reír, les lanzaba un hilo y lo recogía. Y ellos corrían tras él y lo atrapaban, felices, triunfantes. Ya cede, habla más suave y brevemente, pero los ojos ríen, y en los labios hay un temblor y una picadura de serpiente.

Pero él no tarda en aflojar el hilo –ellos vuelan hacia atrás y, turbados, intentan relevase imperceptiblemente.

Se callan por un momento, manosean las hojas blancas
-se cambian de sitio...

Sacan, para arrojarlo sobre él, lo más penoso, lo más ace-
rado.

Y cortan el aire vacío:

“Bien, sin duda, por hoy es suficiente la diversión.”

Él no responderá. Eso ya le aburre.

Los dientes brillan y los ojos pestañean, una risa tiembla
en ellos...

“... ¡Si Lielka viese todo esto!”

Y de nuevo el coche, las calles sombrías e iluminadas, y
el suave balanceo sobre los resortes...

* * *

Ahora Bielov sabía lo que le esperaba. Largos y oscuros
años que irían a paso lento y pesado -en prisión.

Pero eso no le despertaba ya pensamientos negros -como
antaño, ahora sentía coraje y dicha en su alma: mañana
llegaría una carta de Lielka, y en ella -su amor.

VI

Se despertó y siguió acostado, con la cabeza tapada, el cuerpo extendido. La oscuridad se había acostado con él, cálida y suave, y sólo donde se encontraban los pies el abrigo era insuficiente –algunos rayos maliciosos, risueños se abrían camino, removían y despertaban las tinieblas. Y el abrigo liso y extendido parecía, visto desde arriba, un tejado.

“Estaré acostado así en mi féretro. Y también habrá oscuridad. Y los gusanos se deslizarán desde lo alto –ciegos, ávidos, pegajosos...”

Y ese pensamiento era tan absurdo, que no podía creerse. Y él no lo creyó. Aquello no era en modo alguno tan terrible –y se echó a reír.

“Eso no es posible. No moriré.”, pensó Bielov lleno de calma y certeza.

Una tempestad nocturna golpeaba contra la ventana –como si algo cálido y tierno estuviese suspendido en el exterior. Los rayos se golpeaban en los copos y las escamas, cosquilleándolos, y reían y destellaban con sus pequeños ojos y se apartaban proyectando chispas de hielo.

Era divertido –como si las campanas sonaran, desbordadas y agitándose en el aire.

E ininterrumpida, sencillamente feliz, feliz como el sonido de una campana, flotaba en el aire la idea de que hoy eso debía producirse, hoy debía llegar una carta.

También daba cierta alegría esperar a que la pesada puerta se abriese en algún momento y que la celda, –con aquel aire espeso y viscoso que se formaba cuando limpiaban la tineta–, quedase atrás, y que él pudiera respirar el aire frío y el frescor.

Bielov se movía por la celda con pasos rápidos y ligeros.

Se sentía leve –como si todo tendiese hacia lo alto.

Fuera –el cielo, puro, azul. La primavera había empezado a sonreír –aún lejos, en alguna parte más allá de los mares. Petulante y pura como el sonido de una campana de plata, una risa llegó hasta allí, él se inclinó –miró en el pozo oscuro de su mirada azul y clara, y resonó en el alma. El aire –como el cristal, frío y puro, y a su través las facetas brillan con mil fuegos y rien cálidamente, y eso es la vida –apenas se ven, aún están lejos.

Una nube boga a su encuentro –carmínea, suave. Baña su cuerpo tierno en la mar azulosa y boga al encuentro de la primavera y del sol lejano, invisible.

Eso está bien allí arriba. Bogar sin fin hacia lo lejos antes...

Un pensamiento escalaba la cima de una altura vertiginosa y se detenía. Subía de nuevo y se detenía, saltaba aún, y, a pesar de todo, había algo incomprensible en el mismo.

Y a causa de ese azul, en el que se ahogaba y sofocaba la

mirada, la cabeza comenzaba a dar vueltas. Los muros grises de negros tragaluces se alejaban y él mismo bogaba en alguna parte, vacilando sobre olas somnolientas e inaudibles.

Cerró los ojos. Era fácil, y tuvo la impresión de que ya no había suelo bajo sus pies. Y los pensamientos eran ligeros y claros –como hechos de destellos de sol y aire cristalino.

* * *

Cuando estaba en el camino de regreso –el silencio sofocante y oscuro de la prisión corrió a su encuentro. Y una vez que él estuvo arriba –el silencio se había acumulado y había saltado desde abajo –enorme y funesto.

Él le miró a la cara con su mirada impertinente y temeraria, y se echó a reír al encontrarlo: no tiene miedo –hoy le espera una carta. Que ya está escrita, y a su lado, y el amor está en ella.

Después la celda abandonada lo había engullido. La piedra le soplabla en la cara, los barrotes querían encadenar su pensamientos –pero estaba feliz: hoy ella le dirá que le ama. Falta poco, ya falta poco.

Una nube dorada le mira aún por la ventana, y la primavera y la vida ríen a lo lejos. ¡Qué importan los barrotes! ¡Poco le importan los muros!

Tifléiev ya acudió al locutorio. La calma ha vuelto de nuevo, desde que cesaron sus señales.

Cae la noche. Sonaron las horas. Bueno, pronto la noche, pronto la felicidad...

¿Por qué de súbito el cielo ha devenido tan oscuro, rapaz, y sonrío de modo tan terrible por la ventana?

¡Poco importa! No es terrible –¡ya tiene la carta entre sus manos! Y son aquella ventana y la noche quienes le ayudarán...

¡Qué oscuridad! La carmínea nube ya ha muerto, y su alma, ligera, transparente, entrelazada por rayos de sol, ha partido, y una espesa nube grisazul mira por la ventana. Está muerta. Y los últimos rayos se desvanecen y le huyen, aterrorizados.

Se ha suspendido, muerta y pesada sobre la cabeza. Hace frío...

“No es nada. De nuevo la dicha se abrazará y le reanimará –esta noche leerá la carta...”

* * *

La vela se consume. En torno a ella saltan las sombras. Y ella las saluda y les habla en una lengua desconocida –ellas se detienen y están al acecho...

¡Aquí está, aquí esta la carta!

Las sombras son carmíneas, susurran sobre el amor, los espectros bellos y engañosos...

“Serguei, ¡mi querido camarada! Mi buen amigo, estás extenuado, desvarías, estás nervioso y muy exaltado.

¡Vamos!, ¿cómo se pueden escribir cartas así?

Temo haberte hecho daño, mi buen amigo. Estoy dispuesta a ayudaros a todos –dirigiros a mí sin dudar, pero no

sería cuestión de pensar en una entrevista: parto dentro de unos días con mi novio. Lo alejan de aquí.

“Perdóname por escribir con tal franqueza. Sé que tú no necesitas palabras de compasión. ¡Encontrarás en ti la fuerza suficiente!”

“¿Qué es esto”?

La llama se ha levantado hacia arriba –larga, y todas las sombras se han levantado –largas –y escuchan.

Pero él sonríe. Los ojos están inmóviles. Se han detenido en un punto –imposible de abandonarlo, imposible de mover: como un abismo sin fondo, lo cierne el terror. Los labios sonríen y tiemblan en un rostro muerto.

“No es nada, no es nada. Así es. Eso no se puede, pues... ¿Un milagro? No, no hay milagro.

Sencillas, comprensibles y despiadadas como la muerte, las palabras desbordan los pensamientos. Desgarran y pisotean el alma, con gritos salvajes destruyen todo en ella.

La sonrisa está muerta en los labios –la última de la vida. La vida está muerta. Queda algo extraño, pavoroso.

“Hay que encontrar en uno la fuerza suficiente...”

Y el abismo conocido de abajo, lleno de muerte y silencio, se abrió ante sus ojos.

Por última vez la llama se alargó con un destello rojo, gimiente, después se apagó.

... Apagado –recordó de pronto esa palabra extraña y terrible.

Se sentó en el lecho. Y parecía que la razón, lívida y sofocada, iba repentinamente a escapar y huir con una risa salvaje, insensata, entre temblores y gritos.

VII

Por la mañana comenzó algo terrible, absurdo, difícil de creer –como si él mismo quisiera arrancarse los ojos y cortar lentamente sus dedos. Cuando se volvía hacia su interior y el torbellino seco y ardiente de sus pensamientos –no los creía. Le parecían extraños –y carecía de poder sobre ellos.

La rabia le invadía como un torrente rojo de fuego. Daba vueltas en el huracán y se levantaba para estrellarse después contra el suelo. Su orgullo rechinaba los dientes, se agitaba, y caía en el mismo torbellino que la rabia, chillaba destempladamente, y con sus labios secos susurraba maldiciones.

Veía siempre lo mismo: ella está de rodillas cerca de él –la otra, le rodeaba el cuello con su brazo y se clavaba en sus ojos, azules, para buscar en ellos su reflejo.

Y él la insultaba con las palabras más soeces, a ella, lo sagrado, el amor, el alma, a ella –a Lielka la pura y bien-amada. Escupía al rostro de su dios y lo golpeaba, y lo pisoteaba. Y era monstruoso, insoportablemente doloroso.

Su deseo de la bienamada era ardiente –tendía hacia la felicidad –para venerarla como a un dios, a fin de vivir para ella.

Y ella se daba la vuelta y no veía su amor, su sumisión inmensa de esclavo. Nadie podía amarla tanto, pero ella no miraba.

Y de nuevo el sol se desvanecía, las tinieblas caían en su alma, y sombras ensangrentadas, ahumadas se exasperaban y lo acosaban –chillando destempladamente, y se mataban.

Él se desplazaba por la celda mordiéndose los labios. Apretó sus manos contra el rostro –hasta el dolor. Después golpeó los puños contra el muro con todas sus fuerzas –buscaba el dolor y hundió su cabeza en la almohada.

Llegado de la oscuridad, mínimo, un pensamiento se alzó del suelo y exhibió su rostro vil de sonrisa maliciosa, con sus dientes acerados y podridos.

Se estremeció y se dio la vuelta –tan repugnante y vil era. Y de nuevo se alzó, ese pensamiento, y se incorporó con toda su talla. Como el diablo, tenía el olor de la maldad, repugnante y seductor. Y Bielov lo siguió.

Cogió todas las cartas. Ella estaba allí, pura y amada, estaban su tierna compasión y sus caricias cálidas, y las palabras de consuelo. Sus cartas eran para él lo que había de más sagrado en la prisión y que besaba.

Cogió las cartas y la rompió. Y las arrojó en el lugar más vil, allí donde ni siquiera echaba sus escupitajos –las arrojó en la tineta.

La noche se extendió sobre la prisión como una losa de un negro mármóreo. Aplacó miles de sufrimientos, miles de hombres se durmieron y cayeron en la inconsciencia, pero él no dormía.

Los pensamientos, como los gusanos de una tumba, se arrastraban y hormigueaban. Roían su cerebro. Y todo lo que es bello –aquello por lo que vivía, todo se descomponía y exhibía sus huesos –horribles y repugnantes.

Y en ese hedor de muerte nacía una carta –insensata, absurda, malévola. Y sobre las palabras salvajes y malévolas, el amor se abría un camino, poderoso e indestructible, crecía sobre ellos –como las flores blancas y perfumadas de una tumba.

Quería que ella recibiera esa carta –como si eso pudiera devolvérsela. Se lo pedía a Tifléiev a ese respecto. Que corran tras ella, que corran, que busquen, que vayan allí donde va ella...

La hizo descender en las tinieblas frías, a algún lugar de la parte más baja, la deslizó con sus manos temblorosas y frías. Y en sus ojos y en alguna parte allí abajo –detrás de los ojos, en el cerebro oscuro y ardiente, no dejaba de crecer un dolor insoportable, cuyas raíces excavaban cada vez más profundamente separando el cráneo.

Después, durante un instante, al parecer, las tinieblas se dispararon y todo se aplacó –sus manos habían soltado el hilo. Y de nuevo la losa fría de un negro mármóreo dejó oír un chasquido y lo engulló todo.

Las cartas habían caído. Las encontrarían. Ahora poco importaba. Lo más terrible ya había tenido lugar. No durmió esa noche.

* * *

Llegó una mañana gris y sin vida; permaneció acostado con los ojos abiertos, inmóviles. Súbitamente la pequeña lámpara se encendió y le miró, pálida y atormentada. Se volvió lentamente hacia ella.

Después llegaron ellos -cuatro hombres, y llenaron la celda de ruidos y palabras desconocidas y noticias. Y parecían moverse de manera inaudible, y abrían la boca de manera inaudible, y movían las manos, pero los sonidos vivían separadamente y se encontraban todos en el mismo lugar -como si saliesen de alguna fisura de una bóveda. Todo era como en un sueño.

Buscaban por todas partes. Se inclinaban y erguían -de manera inaudible- y arrojaban la ropa, después permanecieron sentados en los rincones, y entonces no se veían sus rostros. Cogían los libros y los levantaban muy alto, las páginas eran hojeadas de manera inaudible y destellaban, blancas, en los ojos -era desagradable. Estaban ocultos bajo el lecho.

Y después, súbitamente, le dieron la vuelta y lo pusieron sobre sus pies, y se arrastraron sobre su cuerpo con sus manos sucias. Las manos frías se posaron en alguna parte y se quedaron mucho tiempo así, no se sabe por qué. Después se desplazaron y le apretaron riendo.

Uno de ellos sonrió y dijo palabras insolentes, soeces, que golpeaban en el cerebro, a propósito de una muchacha –y después todos se partieron de risa, una risa sucia que se arrastraba sobre su cuerpo.

Como un tímpano acerado, frío, un pensamiento cayó en el interior de su ardiente cerebro: él conocía eso, había oído eso.

Y de pronto el terror ante lo que acababa de ser hecho le cortó la respiración. ¡Eran sus propias palabras! ¡Las que él había escrito! Habían encontrado la carta –y repiten sus palabras– a propósito de Lielka. Las palabras de la carta, de su carta...

Pero la risa aún temblaba, se burlaba, escupía –contra su Lielka. Los ojos se velaron de bruma.

Levantó la mano contra uno de ellos y golpeó su rostro, su risa. La cabeza se desplomó hacia atrás –¡ah! eso está bien.

Algo ardiente cayó sobre su pecho y su cráneo –por detrás. Después se diluyó en una niebla roja, cálida. Los pensamientos se ahogaron en lo negro...

* * *

Está oscuro al fondo...

Y de pronto –como si le hubieran girado en el interior el botón de una lámpara eléctrica. Se despierta –y todo lo que había ocurrido se estremece, se despierta en la con-

ciencia y deviene comprensible y enfermizamente luminoso –como cortado en las tinieblas por el relámpago.

Solitario y brusco, como el martillo de una campana durante la tormenta, un pensamiento blanquea en la oscuridad y le escuece.

“Entonces, es el fin”

Un temblor recorrió su cuerpo, como algo con mil patas. Después, a lo lejos, resonó vagamente y de manera apenas audible una pregunta –y Bielov la rehuyó. Y ahora volaba con una velocidad rabiosa, como una locomotora solitaria, y tocaba ya a rebato, y recorría y hacía vibrar el aire, y amenazaba con derrumbarse.

Bielov se levantó y partió, ligero, vacilante, como si no tuviera peso.

Estaba cerca del tubo y ya sabía –en el fondo de sí mismo– que Tifléiev no estaba allí y rehuyó cuidadosamente ese pensamiento, no queriendo mirarlo.

“Toc-toc-toc.” Los sonidos brillaron e iluminaron mil visiones en su alma.

Era terrible creerlo tan pronto. Golpeó otra vez.

Y el silencio se elevó de abajo, se agrandó y alargó. Y se hizo enorme como el mundo, como el terror.

La luna mira con sus ojos pálidos y se calla. La oscuridad es ahora muerta y fría. Los muros temblaron y después se inmovilizaron.

Y en el interior todo se ha callado, todo se ha vuelto oscuro y frío.

“¡Ding-dong!” El reloj de la prisión suena y se inmoviliza. Y de nuevo el silencio extendió sus alas negras y muertas, que lo abrazaron todo.

VIII

El cielo desesperado ha cubierto su rostro de nubes oscuras. Pesadas, se aprietan y afluyen como una bola de lágrimas hacia la garganta, y están dispuestas a cada instante a estallar en sollozos.

Ya no hay fuerzas para mirar el patio vacío y muerto. Ganas de arrojarse sobre esos restos de nieve, de caer hacia atrás y sollozar sin fin...

Y las campanas suenan todo el tiempo, suenan todo el tiempo. Como pequeñas serpientes lívidas y grises, los sonidos se deslizan en el cerebro y lo atormentan: hay que pensar, pensar.

Apretaba la cabeza entre sus manos con más fuerza y vacilaba. Los pensamientos también vacilaban y golpeaban dolorosamente contra las sienes.

Después, como una luz funesta todo estalló y se iluminó: “¿Y si encontraron su dirección donde Tifléiev? ¿Y si ya la han detenido?” Sus mejillas ardían, su boca se secaba y sus rodillas temblaban.

Y de pronto, pensó –como si le hubieran empujado por la espalda.

“Hay que mirar en el espejo”.

En el interior vio primero algo gris, sin vida y extrañamente profundo –un mundo terrible, incomprensible. Y después, se reconoció. Sus ojos estaban hundidos –como si el espanto los asediara cada vez más de cerca– y se habían sometido, estaban ocultos y dispuestos a saltar con un grito de terror. Y el rostro era ceroso y liso, cubierto de equimosis y manchas azulencas –como si la muerte royese ya el interior, como un cadáver.

Y cruelmente, se dijo con odio:

“¿Había que amarlo, a él, por esto? ¿Por esta belleza y esta fuerza”?

“O bien, tal vez, hay en él la fuerza del espíritu y la fuerza ardiente de la palabra?”

Y sufriendo le respondió a alguien totalmente frío que lo interrogaba sin piedad, al cual no intentaba mentir:

“No. Todo en él es ordinario.”

Y esa sencilla palabras sonó extrañamente, desesperadamente, como una sentencia. El odio de sí rechinaba los dientes, se veía pequeño, nulo, de modo que entraban ganas de rechazarlo, de apalearlo. Y aquel al que respondía se levantaba aún más inmisericorde e implacable, como si lo aplastase contra el suelo con una mano pesada. De bajo ese peso se escapó y brilló un pensamiento opaco, sinuoso y lamentable, implorante, como un miserable:

“¿Y mis sufrimientos? ¿No valen nada?”

Y removiendo con dificultad sus pensamientos, como piedras, respondió:

“No. No podemos amar únicamente en nombre de los sufrimientos. Pues los enfermos con enfermedades repug-

nantes, los cobardes, los traidores más viles... también sufren –más que los otros. Y más aún cuanto más viles y repugnantes...”

Y de nuevo todos los pensamientos se enredaron, olvidaba en qué estaba pensando, sufría, preguntaba:

“ ¿Y qué? ¿Y qué?”

Apartaba la almohada de su cabeza, se incorporaba en el lecho y vacilaba, completamente palidecido, como en una mortaja.

El pensamiento de la muerte cae, cercano y comprensible.

Se agitaba, quería aturdirse y apartar aquel pensamiento, y era imposible hacerlo: como si los pensamientos cayesen sin tregua en alguna parte y sólo vieses ante ellos el fondo, el fin, el horror. Y todo surgía rápidamente ante él –como los muros, todo era vacío y liso, y era imposible agarrarse a algo.

Se insinuó una idea, cobarde, como un árbol podrido, marchito –se agarró a ella un instante, dejó de caer.

“¿Y vivir para luchar contra ellos, para vengarse?”

Y pronto se rompió: miró en sí mismo y ya no vio ni rabia, ni fuerza, ni voluntad. Todo estaba ya muerto, y la vida casi sofocada –temblequeando de miedo– quería mentir, repugnante y muerta como una llaga podrida.

Rechazó su mentira y de nuevo comenzó a caer, caer.

La cabeza daba vueltas. Tenía ganas de sentarse y esperar, sin moverse, esa cosa terrible que debía llegar y caerle encima.

La sed le torturaba –como si le hubieran derramado arena seca y ardiente en la garganta.

* * *

Detrás de los muros las tinieblas frías tiemblan y acechan: ningún ruido llegaba del exterior –sólo el agua que borbotea en las cañerías.

Es un monstruo de hierro y piedra que gruñe y roe a sus víctimas, que las atrapa y engulle.

Pero ellos –aún están vivos. Y golpean su cabeza ardiente y sus manos pálidas contra los muros. Los ojos se hunden en lo más profundo y se cubren de ojeras y devienen inmensos. Y todos tienden los brazos en la oscuridad repleta de sus gemidos y ruegan, y esperan: ¿acaso nadie les oye?

Nadie. Sólo la noche escucha y se calla.

Y después, cuando ya todos se han callado y están en sus lechos, inmóviles, y que parecen muertos –la noche se pone lívida y cae en la inquietud.

Entonces palidece y se cubre de sudor frío –como si cargase sobre ella todos los tormentos que ha visto.

La noche tenebrosa se tambalea de un lado a otro y se hace una bola –se retuerce. Las tinieblas tiemblan y apartan sus entrañas, de ahí nace el alba lívida, que se inyecta sangre.

Desde los rincones oscuros, llenos de un polvo velludo, se arrastran sueños sofocantes.

Y él tiene la impresión de encontrarse en una costa desierta.

No se ve nada –ni delante, ni detrás, ni a los lados –no se ve nada excepto la niebla y la boca abierta de las olas cerca de los pies.

No es una niebla oscura –es clara, y eso aún la hace más terrible: clara –lo ve todo, y espía con rapacidad cada pensamiento. Gris, muerta, sofocante como los muros de la prisión –la niebla.

Y no hay manera de evitarla, ningún lugar a donde huir: pues no hay nadie alrededor, salvo la niebla gris y el silencio de la tumba, y las olas en ese silencio golpean como los pensamientos, y no tienen salida, y su estrépito carece de vida.

Es en ellas donde hay una posibilidad de salvación contra la niebla, en la niebla –contra ellas.

Con una curiosidad enfermiza y la sensación de algo extraño en la boca del estómago, miró una vez más las olas inmisericordes, verdes.

Como un inmenso bloque de hielo, el terror lo atravesaba. Lentamente, extendió con dificultad los brazos y tembló con todo su cuerpo.

* * *

Un instante de dicha: todo esto es un sueño. El cuerpo aún vive, y siente moverse los brazos y las piernas, los ojos mirar. Era un sueño –la niebla pavorosa y la muerte.

Un día seductor se inclinó sobre él asperjándolo con sus jóvenes destellos primaverales –como flores. Bruscos y

vivos, maquillados de frío matinal, los ruidos han llegado del patio y se atropellan bromeando. Cortan leña abajo, ríen abajo, las palomas zurean.

¡Y él ve eso, y lo oye!

Pero ved aquí sobre el tejado los rayos del sol que besan la nieve helada que nació esta noche –inocente y tierna. Y la nieve muere felizmente bajo los rayos primaverales, y la nieve fresca entrega su cuerpo al amor –y uno al lado del otro caminan el amor y la muerte.

“He aquí la vida. He aquí la primavera”, pensó.

Y miró con miedo en el interior de sí mismo: ningún eco producido por un pensamiento –como si tuviese allí un muro espeso, muerto.

Buscaba el sentido de las palabras –y no lo encontraba. Aunque estaban ante él, vacías y transparentes como el cristal de donde se escapaban los rayos del sol que caían sobre él y le conmovían.

Estaba al lado de la ventana. El viento susurraba en sus oídos, y la cabeza daba vueltas, extrañamente ligera –a causa de los pensamientos vacíos y transparentes. Y porque miraba ese vacío y porque el viento susurraba, tenía la impresión de no tener cuerpo, tenía la impresión de elevarse y de ver bajo él: estaba de pie, apoyado contra el muro, lívido y andrajoso.

Y era extraño que estuviese muerto o hubiera desaparecido no se sabe dónde el estudiante Bielov, rubicundo y feliz, que rogaba a Dios y le temía, y el estudiante Bielov había muerto, en la fuerza y la juventud –él–, que amaba la vida y la lucha. Parecía insensato y extraño que ahora este hombre lívido y andrajoso fuera también Bielov y

que estuviese encerrado en una pieza y que pensara en la muerte.

Permaneció mucho tiempo de pie mirando la puerta –en un punto. No tenía ganas de mover su mirada y quebrar aquella línea recta, inmóvil.

Y súbitamente la puerta de hierro se hizo viva y terrible a la vez. Abrió su ojo –con un crujido, como si hubiese rechinado los dientes y avanzara la mandíbula inferior.

Abrió su ojo y echó una mirada fija, larga como una alamburada sin fin. La mirada se retorció y con sus ganchos aceados se aferraba a las heridas. El cerebro se llenaba de sombras ardientes entrelazadas y gemidos salvajes.

Él estaba de pie, vestido sólo con una camisa, la mirada loca.

Algo corrió por su pecho –y arrancó un grito– como si hubiese brotado la sangre.

Fue rauda hasta el lecho. Y se hundió en la almohada.

Se pasó todo el día acostado. Como al fondo de algo, sofocado por la profundidad del abismo. Y allí, no había ni tiempo, ni espacio, ni luz, ni aire, ni pensamientos.

No intentó moverse, ni levantarse cuando le llevaron la comida, ni beber el agua para aliviar su sed.

El tiempo no existía. Y no sabía cuánto tiempo había permanecido acostado allí –una hora, tres horas, cinco horas. Cuando unos pasos se detuvieron cerca de su puerta y él abrió los ojos –ya se había desvanecido el día claro, luminoso.

Abrieron la puerta para llevarlo al paseo.

“¿Es la hora?” –dijo en voz alta–, y le pareció que era otro quien había hablado con una voz desconocida, ronca.

Y a causa de esa palabra el corazón se desplazó de lado y fue como si algo se hubiera desgarrado en el interior y golpeaba la herida dolorosa e irregularmente. Y ese dolor –en alguna parte en el interior, en la boca del estómago– era extrañamente familiar y reciente.

No recordaba en modo alguno cuando aquello había tenido lugar.

“¿Cuándo? ¿Cuándo?”

Durante unos instantes no se movió y se sintió atormentado, después recordó que era un sueño.

Se puso el abrigo y lo abotonó cuidadosamente. Abrió no se sabe por qué el tragaluz y se situó ante él, en la oscuridad.

Sus piernas eran extrañas, y él mismo parecía terriblemente pesado, y a causa de eso se plegaban, sus rodillas temblaban.

Y después los escalofríos no tardaron en aparecer –en la espalda, en el vientre, en el pecho. Como si todo en su alma se hubiera congelado por dentro –y estuviera muerto –y sólo en la superficie temblara un sobresalto lívido y frío.

Y pensó: “Tiemblo.”

Se mordió los labios y apretó intencionadamente su mano en el bolsillo para hacerse daño. Sintió algo y lo sacó. Un pañuelo. De pronto olió una fragancia familiar y, como un dolor vivo y acerado, recibió un golpe en la cabeza.

Y de nuevo todo se apagó y ensombreció en sus ojos. No vivía ni un solo pensamiento.

Hasta la esquina de la galería, hasta el recodo, quedaban ocho pasos.

Cada vez más rápidamente surgían a su lado los oscuros nichos de las celdas, y tenía ganas de agazaparse en la suave oscuridad y ocultar la cabeza entre las manos –y era imposible: como si le empujaran por detrás, y él continuaba descendiendo.

En la esquina, el que iba detrás y hacía tintinear las llaves dio la vuelta y fue a abrir otra celda.

Bielov estaba ahora solo. Se detuvo y miró hacia abajo. Allá abajo destellaba una luz pálida –alguien había abierto un ojo muerto y miraba con impaciencia, como si esperase.

La calma –como si el enorme edificio acabase justamente de derrumbarse con ruido y estrépito y como si ya no hubiera nadie, y que sólo el polvo volase silenciosamente en el aire.

Y para responder a lo implacable, a lo pavoroso, se dijo: “Cuando el otro haga sonar la cerradura.”

Y se inclinó hacia adelante. Se caló su sombrero –no debía caer.

Súbitamente se desató de la oscuridad todo su sueño de la víspera. Y cuando sonó la cerradura, sintió en el pecho ese mismo trozo de hielo, extraño y terrible. No dejaba de crecer y de llenarlo de escalofríos de los pies a la cabeza.

Tragó aire jadeando y extendió los brazos ante él.

Como un cuchillo reluciente, clavó un grito agudo en el cuerpo blando de las tinieblas. Con un grito insensato el mundo entero se resorbe y desploma resquebrajándose en una llama roja.

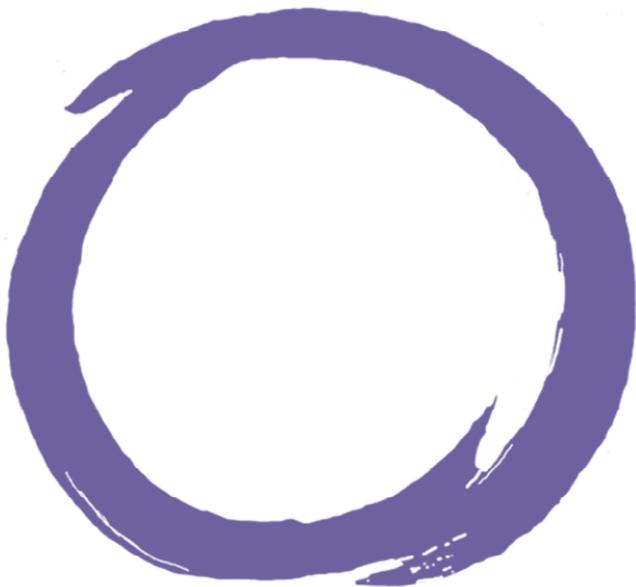
* * *

El cráneo estaba completamente partido y lleno de sangre. De un agujero negro manaba el cerebro, blanco, tembloroso, vivo.

Y todos los que habían acudido permanecían alrededor y tenían miedo de acercarse y ocuparse de aquello: el cerebro debía derramarse y caer al suelo.

Tenían miedo.

1907



EVGUENI ZAMIATIN (1884-1937), escritor ruso nacido en Lebedián. A partir de 1902 estudió en San Petersburgo donde se graduó como ingeniero naval en 1908. Ya en sus primeros escritos se hace patente su inclinación a la sátira y la ironía, así como su rechazo de los convencionalismos y dogmas. Zamiatin es percibido por muchos de sus contemporáneos, desde la aparición de sus primeros escritos, como un nuevo Gógol. En 1929, tras varios años de persecuciones, Zamiatin se exilió en París, donde falleció de un infarto en 1937.

Entre sus obras más conocidas figuran títulos como *En el quinto infierno*, *Alatyr*, *El relato más importante*, *La inundación*, *Rusia* y la novela utópica *Nosotros*, considerada como su obra más célebre.



SOLO

Un estudiante está aislado en una celda tras haber sido arrestado por actividades subversivas. Para resistir al encierro, imagina una historia de amor con una joven a la que conoció en un grupúsculo revolucionario. Pero su espíritu se desmorona y la celda –el espacio carcelario– se convierte en un universo fantasmático donde sólo el sueño, el ruido y el conjuro pueden atravesar la noche.

SOLO –obra escrita en 1907–, muestra una soberbia maestría en la expresión de la angustia y prefigura con audacia lo peor de los años estalinistas.

MALDOROR ediciones se complace en poner al alcance de los lectores y amantes de la literatura rusa esta obra –inédita hasta la fecha en español– de Evgueni Zamiatin, uno de los grandes nombres de la literatura rusa.